







IGNACIO RAMOS

**EL HOMBRE
DE LA
PENICILINA
Y OTROS RELATOS**



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2019

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje
de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



“El hombre de la penicilina y otros relatos”

© Ignacio Ramos Sánchez, 2019

© La Fea Burguesía Ediciones, 2019

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa

Fotografía cubierta: “Untitle, from spanish village”

by W. Eugene Smith, 1950

Primera edición: abril de 2019

IBIC: FA

ISBN: 978 84 947994 8 8

Depósito legal: MU 348-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

ÍNDICE

1. La piconera	9
2. La mujer del Púa	27
3. Perico el Tonto	59
4. El almuerzo en el tajo	75
5. Amor de feria	87
6. El rosario	117
7. Monólogo de Doña Mercedes	127
8. El río embravecido	137
9. Barranco lóbrego	147
10. El hombre de la penicilina	157

LA PICONERA

Era Petra la Piconera una mujer valiente. Había vivido cerca de la vieja mansión de Los Franceses, en un pequeño cobertizo abandonado que ella misma se arregló y que doña Magdalena Meursault le dejó ocupar a cambio de echar, de vez en cuando, una mano en la limpieza de la casa. Allí, sola, con sus cuatro hijos pequeños, no le temía al silencio, ni a los hombres, ni siquiera al monte, tan cercano y tan misterioso. ¿Cómo le iba a temer al monte, si nació al pie de una carbonera, se crió entre hachas y destrales, la pusieron a encañar los rimeros de leña para hornear en cuanto pudo levantar un tronco, se curtió al humo de los respiraderos, endureció sus manos llenando de carbón los herpiles y bajó los senderos de la sierra llevando al hombro la sarrieta de picón para venderlo en el pueblo?

Acostumbrada al monte, sabía guardarse de las víboras, los escorpiones y todo bicho venenoso; conocía los hongos y plantas comestibles, las hierbas medicinales, los sitios donde había veneros y oquedades de piedras con agua, los rastros de los conejos y las liebres y la manera de sorprenderlos al salir de la madriguera o hallarlos encamados... Con un garrote mataba ella más liebres que muchos cazadores de perro y escopeta.

A los diecisiete años tuvo que desposarse con su cuñado Juan José, el viudo de su hermana Carmen, cuando su madre les pilló dándose un revolcón en la choza, aquella noche de junio, tras la romería de San Juan. Su madre se llevó un disgusto que le causó una enfermedad, porque aún no hacía el año que a Carmen le había caído encima el pino que la mató. Además, no debía de ser el primer revolcón, porque por Reyes del año siguiente les nació aquella niña que se les murió de cólico miserere.

Los Piconeros tuvieron sus días de gloria al estallar la guerra civil de 1936. Juan José ya se había dado a conocer en los altercados del verano del 35, cuando los carboneros encabezaron la protesta contra el cierre de los montes por el Concejo de San Juan del Castillo, que consideraba nefasta la corta de árboles jóvenes y el seguir arrasando los encinares, cortando incluso los chaparros, para obtener maderas y carbón. “¡Recordad Casas Viejas, hermanos proletarios!”, fue el grito de rebeldía que hizo famoso a Juan José, además de su garrotón de avellano, regalo de un compañero asturiano de la UHP comunista. A Juan José le arropaban mucho los sindicatos y los partidos de izquierda, de modo que cuando tomó el mando absoluto el Frente Popular, iniciada la guerra de 1936, le nombraron alcalde de Barronia, a pesar de que no sabía hacer una “o” con un canuto.

Consecuencia de su nueva situación fue cambiar de casa. Pocos meses antes de nacer su hijo Josillo (él quería ponerle Stalin, pero en el Registro le dijeron que eso era un apodo y que Stalin se llamaba en realidad Josif, que era el nombre ruso de José, y José le puso al niño) dejó la tinada donde se refugió cuando la Guardia Civil le quemó la choza, durante los

disturbios del 35, y se fue a vivir a Barronia, a una casa requisada a una familia de la CEDA, los Berenguer, cerca de la Casa del Pueblo, y allí vivió hasta el día de San José del 39, en que desapareció sin dejar rastro, abandonando a su mujer encinta y con un hijo de menos de tres años. No había hecho gordas fechorías, sus manos estaban limpias de sangre y de rapiña, pero ¡cualquiera sabe!, pensaba, a la palabra del fascista más mentiroso le darían más crédito que a la suya; de modo que el día diecinueve de marzo, día del santo del niño, cuando ya se comentaba que los franquistas entraban sin resistencia en los pueblos de la provincia, se acostó en su cama y el veinte ya no amaneció en ella.

A la Piconera no tuvieron que pedirle que desalojara la casa de los Berenguer: el mismo día que terminó la guerra, mientras repicaban las campanas y las gentes saltaban alborozadas por las calles, recogió sus escasas pertenencias, tomó a su hijo y en un carro que le prestaron se trasladó al cobertizo de doña Magdalena Meursault, a un kilómetro escaso de la mansión de Los Franceses, porque la vieja tinada que habitó con su marido antes de la guerra estaba ocupada por las ovejas de un pastor.

En aquel cobertizo, sobre una loma, que sirvió para guardar aperos de labranza en tiempos prósperos y ahora parecía una calavera de tan siniestro y vacío, siguió viviendo varios años la Piconera. Cuando la Guardia Civil venía buscando a su marido desaparecido, ella tenía siempre la misma respuesta: “¡Qué más me gustaría, señor guardia, que saber donde está! Porque más falta me hace a mí que a ustedes”. Dicen que a Juan José le vieron en un barco que salió de Cartagena para Argel; o que se había fugado y unido al maquis; o que andaba solitario por

esos montes...; pero la verdad es que nadie sabía dar fe cierta de su paradero.

La Piconera se ganaba la vida trabajando en donde la llamaban, espigando o rebuscando alimentos en los bancales, recogiendo caracoles o setas en el monte, y, como estaba de buen ver, porque era joven, limpia y bien hecha, decían que vendía favores de su cuerpo para que a sus hijos no les faltara el pan. Lo sorprendente era que, a pesar de su fama, ningún hombre podía demostrar haber yacido con ella; y la mujer, sin embargo, no negaba ningún rumor que se le atribuyera. Pero algo habría de cierto porque dos años después de fugarse Juan José resultó embarazada, y al verano siguiente de dar a luz apareció con otra barriga. Lo más curioso es que los dos hijos que tuvo sin marido eran calcados de los anteriores, con las mismas orejas pequeñas y puntiagudas, como de murciélago, el mismo pelo rubio lleno de remolinos, los mismos ojos chiquitillos y azules, la misma boca pequeña de labios finos...

—¡Estos dos niños son también hijos de tu marido, Piconera!

—Estos dos niños me los he rebuscado yo, señor guardia.

—¿Y por qué son iguales a los otros?

—Porque los paro yo y a mí me salen.

—¿Quiénes son, entonces, sus padres?

—No puedo decírselo, señor guardia. ¿Cómo quiere usted que por mi culpa, si me fuera de la lengua, pudiera disgustarse por ahí alguna familia honorable?

—Piconera, sabemos que tu marido está emboscado. Es el último que nos queda por atrapar. Y sabemos que te ronda. O que tú le ves por esos montes. Dile que se entregue. Que no tenga miedo, que se le

hará justicia. Si no, algún día tendremos que matarlo a tiros delante de ti misma y de tus hijos. Quedas avisada, Piconera.

Ya hacía tiempo que los alrededores de su cobertizo estaban vigilados; lo notaba cuando en la penumbra de las noches saltaban sombras de matorral en matorral. La Piconera salía llevando en la mano el hacha de sus tiempos de carbonera, gritando “¡quién va!”, pero nadie le respondía. No era necesario preguntar: ella vislumbraba el brillo de los tricornios, de las botas, de las armas.

Una tarde de abril, cuando la primavera estaba más hambrienta, se le hizo el encontradizo Juan el Perro, el confidente de la Guardia Civil en el pueblo, mientras ella buscaba collejas y cardos comestibles para hacer un potaje.

—Piconera, yo sé dónde anda tu marido.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Si lo supieras, ya lo habrían atrapado los civiles; todo el mundo sabe que pierdes el culo por llevar chivatazos al cuartel.

—Me llevo bien con los guardias, nada más. Pero sí me hacen caso, sí. Y no quiero ponerles en los pasos de tu marido porque tienes cuatro hijos chicos.

—¡Dios te lo pague, Perro! —le contestó con sorna.

—Si te hago este favor, no estaría mal que tú me hicieras algún otro.

—¿Como cuál?

—Como abrirme tu puerta, igual que a otros se la abres.

La Piconera dejó en el suelo el cesto de las collejas, se incorporó y le miró de arriba a abajo desafiante, con la navaja en la mano:

—Mira, Perro, no me dais miedo ni tú ni los civiles. Yo abro mi puerta a quien me da la gana. ¡Y a ti, no, desde luego!

—Y a otros sí, ¿verdad?

—¡A quien me da la gana, ya te he dicho! Con que toma el camino y apártate de mí, que como algún día intentaras algo, como enseñarme tus vergüenzas, soy capaz de cortártelas con este navajote de coger hierbajos.

—Te podría denunciar por amenazas, Piconera. Lo ibas a pasar mal. ¿No será mejor que te lo pienses y lo pasemos a gustico los dos?

—¡Vete a la mierda, Perro! ¡Y ya te guardarás de acercarte a mi casa si no quieres salir descalabrado!

Juan el Perro, el confidente, no siguió este consejo, y su sombra desgarrada, tambaleante, inconfundible, empezó a merodear de noche junto a las otras sombras habituales, las que se escondían tras los matorrales y dejaban ver los reflejos de las armas, las botas, los tricornios. La Piconera, que nunca había tenido miedo, empezó a sentir ciertos escalofríos y una azarosa angustia cuando al volver de la esquina, con el hacha en la mano, veía dormir plácidamente a sus cuatro hijos, atravesados en el jergón tendido en el suelo. Y cuando salía al monte a buscar colmenillas o turmas de tierra, cualquier viento imprevisto o cualquier vuelo repentino de pájaros la soliviantaban; temía ser vigilada y espantaba las sospechas cantando a todo pulmón, atronando con sus gritos los barrancos.

Un día que fue de limpieza a la mansión de Los Franceses, habló con doña Magdalena Meursault de sus temores; la señora, viuda, arruinada y sola en aquel viejo caserón deshabitado, sin más consuelo que un hijo borrachín que nunca estaba en casa,

aceptó que abandonara el cobertizo y viniese a vivir en las caballerizas: le haría compañía, habida cuenta de que todas las criadas la habían abandonado por falta de pago. Y a las pocas noches de dormir la Piconera en la mansión de Los Franceses con sus cuatro hijos, que tenía que bajarlos de la cama porque se mareaban acostados en alto —justo la misma noche que don Manolito, el hijo de doña Magdalena, llegó con aquella borrachera tan mala—, fue cuando Juan el Perro apareció de madrugada medio muerto bajo un ribazo, en las afueras de Barronia: le habían machacado a porrazos desde la frente hasta las uñas de los pies. Estuvo días escupiendo sangre, tenía huesos rotos en los costillares, su cara parecía un melón podrido y le habían pisoteado sus partes hasta reventárselas. Cuando pudo hablar culpó a Juan José el Piconero y a su mujer, y doña Magdalena y su hijo, el señorito que vegetaba vendiendo a trozos lo que quedaba de la finca, ellos, que conocían la inocencia de la Piconera, porque estuvo toda esa noche en Los Franceses ayudando a la señora a atender al enfermo, hubieron de mantenerse firmes y echar mano de todas sus influencias para que a la acusada no se la llevaran a la cárcel.

—¿Por qué está tan seguro de la inocencia de esta mujer, don Manuel? —preguntaba el sargento al señorito.

Y él, reacio a las explicaciones, cortó por lo sano:

—Porque esa noche... yo dormí con ella.

Nunca tal calumnia mereció tanto agradecimiento de la ofendida.

Una tarde de marzo de 1950, el señorito de Los Franceses, que tras su grave enfermedad recapacitó en sí mismo e intentaba reflotar lo que quedaba de

su finca, decidió contratar a un mulero para que le domara un potro de buenas hechuras que se había quedado huérfano durante el invierno. “Parece que el potrillo aún no está en edad de meterlo en doma”, advirtió el mozo. Pero don Manolito insistía: “No importa. Quiero que sus primeros pasos sean bien dados”.

La primera visita del mulero a las caballerizas le deparó una grata sorpresa: no estaban en la situación de abandono que esperaba, según la fama de desidia que tenía el señorito. Dos yeguas de cría, una jaca de monta de buena raza y dos caballos, uno de ellos bien entrado en años, más el potrillo, formaban la yeguada actual de don Manolito. El potro correteaba suelto con la gracia y la desenvoltura de los animales jóvenes; de pelo rojo, encendido, lucero y calzado de blanco, miraba con descaro y trataba de jugar con los demás equinos.

—Su madre era la mejor yegua que yo he tenido, una alazana imponente. Se murió este invierno, cuando el nevazo; cogió frío y no aguantó la pulmonía. Los buitres y las alimañas se la comieron poco más allá de los corrales, porque con la nieve no pudimos arrastrarla más lejos.

—Y ahora, ¿quién los cuida?

—Nadie. Yo mismo...

—Pues tiene usted esto muy arreglado...

—Petra la Piconera me echa una mano, y su hijo, Josillo, que ya vale para ayudar en estas cosas; algunas veces viene también un zagal de ahí abajo... No hay nadie fijo. Ya le habrán dicho: esta finca es una ruina. Yo he ido vendiéndola a trozos y bebiéndome un bancal detrás de otro, hasta que tuve el percance del hígado... Casi me muero. Y ahora estoy intentando levantarla, algo tarde ya, pero...

Petra la Piconera les acompañó a las cuadras. Andaba por allí como por su casa. Instaló al mozo recién llegado en una habitación próxima, pero lejos de los pajares: “Esas cámaras están llenas de ratas, ni se te ocurra acercarte allí. Yo misma te bajaré los herpiles de paja, como ya vengo haciendo, que a las ratas ya me las conozco”.

Además de ratas, debía de haber también almas en pena en aquel caserón destartelado, de grandes estancias vacías, abandonadas al polvo y a las telarañas, porque en el silencio sepulcral de las noches se oía claramente un zumbar de pasos y carreras que soliviantaban el sueño del joven mulero, quien decidió averiguar si aquellos ruidos a deshora en las cámaras altas eran ratas y otros bichos, como decía la Piconera, o eran realmente fantasmas.

A las dos madrugadas de hacer guardia se convenció de que ni fantasmas, ni ratas, ni otros bichos: apostado detrás de las yeguas vio en la penumbra bajar la silueta de un hombre por el pasadizo que comunicaba los altos de las caballerizas, que servían de pajar, con el caserón. Un ladrón, pensó. Buen cazador, dudó si buscar una escopeta, pero prefirió no perder tiempo ni pistas, y decidió seguirle. Se sorprendió de que cruzara los pasillos con tanta destreza. Llevaba una especie de costal o taleguillo, seguramente para meter lo que robara, y entró decidido en la habitación donde dormía la Piconera.

El mulero esperaba que la mujer gritara para entrar a defenderla y prenderle, pero debía de dormir profundamente, porque no se escucharon protestas. Vio luz por las hendidias de la puerta y se acercó cautelosamente. Prestó atención y le pareció oír ciertos cuchicheos apresurados dentro de la habitación. Se quitó la camisa —mejor hubiera sido la chaqueta,

pero no la llevaba—, que agarró fuertemente de las mangas con las dos manos, y esperó pegado al umbral, dispuesto a caer sobre el ratero en cuanto apareciera por la puerta: el joven, como intuitivo cazador, se aprestó a sorprender a la presa.

Y así fue: al salir, se lanzó con la camisa sobre la cabeza del intruso, le rodeó con ella la garganta y el invasor lo hubiera pasado muy mal si no sale la Piconera de su cuarto, ahogándose los gritos con la mano en la boca y pidiendo clemencia para el pobre hombre, que daba ya claras muestras de asfixia.

—¡Por Dios, por Dios, muchacho, que lo matas! ¡Pásalo, pásalo aquí dentro!

Lo entró casi arrastrando. Ella miró a lo largo del pasillo, alumbrándose con un farolillo de aceite, por si alguien les había oído, y luego cerró la puerta tras de sí. El intruso comenzó a volver en sí entre toses convulsas, mientras la mujer se agachó sobre él y le cogió la cabeza con una confianza que terminó por confirmar las sospechas del mulero: era evidente la connivencia de la Piconera con él. Posiblemente, se habrían conchabado para robar en el caserón. El muchacho tomó el taleguillo que le había quitado al hombre, lo abrió en busca de lo hurtado, y se encontró que sólo había un trozo de pan, queso, un huevo duro y un tomate. Desconcertado, escuchó las súplicas de la Piconera:

—¡Por la Virgen divina, no se lo digas a nadie! ¡No se lo digas a nadie, que es nuestra perdición!

El hombre no decía nada. Pálido, asustado, daba diente contra diente como si tiritara de frío. Mal pelado, mal afeitado, esquelético, movía tanto a compasión que el joven hasta se arrepintió de haberlo prendido con aquella fiereza. Y el alijo que llevaba no podía ser más oportuno en su famélica apariencia.